

**Homilía del P. Visitador
en la Misa exequial por el P. Anselmo Salamero c.m.
Tanatorio San José (Burgos) 16.09.08**

Queridos hermanos:

Quiero comenzar saludando muy cordialmente a la familia del P. Anselmo Salamero: hermanos, sobrinos y demás familia. Mi saludo, también, para todos los sacerdotes concelebrantes. En particular, para los compañeros de esta Comunidad de Burgos. Saludo, así mismo, a este numeroso grupo de Hijas de la Caridad y demás amigos que hoy nos acompañáis.

El domingo pasado, celebrábamos la fiesta de la Santa Cruz. Ante la cruz, nuestra razón tropieza porque, a primera vista, no parece que allí se encuentre la fuerza de la vida. En esa fiesta, se nos recordaba a todos los cristianos que Jesucristo no rehusó la cruz, sino que la aceptó y murió en ella para mostrar de un modo definitivo su obediencia al Padre y su amor a los hombres. La fuerza que se nos ofrece para la salvación es esa misma cruz. No obstante, sin la luz que proyecta la resurrección, el misterio de la Cruz permanece indescifrable.

Los discípulos de Cristo no podemos correr suerte distinta de la que corrió nuestro Maestro. Es verdad. El P. Salamero, como buen discípulo de Cristo, también ha sufrido la cruz del dolor y de la muerte. Ahora, espera ya la luz definitiva de la resurrección. Todo ha ocurrido muy rápido e imprevisto. Al anochecer del domingo, fue tocado de muerte por un derrame cerebral. A consecuencia de esto, horas más tarde, entregaba su vida en la Residencia sanitaria "General Yagüe" de esta ciudad. Al lado de esa cruz de dolor y de muerte no podía faltar la Madre para acogerle en sus brazos amorosos. Ayer, nuestra Madre, La Virgen de los Dolores, le presentó a su Hijo Jesús.

Aunque tengamos muy sabido que la muerte tiene que llegar también a la gente que conocemos y amamos, hoy nos encontramos aquí tristes y sorprendidos. Tristes, porque la mayoría de nosotros conocíamos y apreciábamos al P. Salamero; y sorprendidos, por las circunstancias inesperadas de cómo llegó a este momento definitivo, a esta "hora de la verdad".

Yo os invito ahora a todos a participar en esta celebración, a ponernos en contacto con Dios y a orar por el P. Salamero, a darle gracias por su vida, a solicitar su misericordia y consolarnos mutuamente con la Palabra de Dios. San Juan nos acaba de decir en el evangelio: *"Quien escucha mi palabra y cree ha pasado ya de la muerte a la vida"* (Jn 5,24). El P.

Salamero fue de los que “escuchó y creyó”. Podemos estar seguros de que ya “ha pasado de la muerte a la vida”. A esa vida nueva que Dios tiene preparada para los que creemos y esperamos en Él.

No es fácil hacer en poco tiempo un resumen de la vida del P. Salamero: su retrato espiritual y apostólico. Nació, en Madrid, el 20 de septiembre de 1929. Recibió el bautismo en la popular parroquia de san Antonio de la Florida. Sus estudios de infancia los realizó con los Escolapios. A sus dieciocho años ya está relacionado con la Congregación, cursando estudios de secundaria en la Apostólica de Murguía. El Seminario Interno lo finaliza en el año 50, en Hortaleza. La teología la estudia en Cuenca y en Londres. El año 1953, recibió las órdenes sagradas de manos de Monseñor Emilio Lissón. Más tarde, ya siendo sacerdote, completó su formación con estudios de Periodismo, en Madrid, y de Sociología, en el “Angelicum” de Roma.

¡Qué bien entendió el P. Salamero el espíritu que san Vicente de Paúl quiso transmitir a sus hijos!.. Somos misioneros y la misión se garantiza y se perpetúa con buenos sacerdotes. Efectivamente, a esto dedicó su vida: a la Misión y a la Formación del Clero. Comenzó su primer destino en las Rehoyas, Las Palmas de Gran Canaria, como profesor de la Escuela Apostólica. De aquí, pasó a ser subdirector del Seminario Interno en Hortaleza, Madrid. Tras un paréntesis de dos años para realizar estudios en Roma, da el salto a ultramar. Era el año 64 cuando va destinado a trabajar en la formación de los nuestros en la Provincia de Colombia. Transcurridos siete años por tierras colombianas, regresó a España. De nuevo vuelve a la formación: en Hortaleza y en Tardajos. Y el año 1982, por segunda vez, da el salto para Hispanoamérica: había sido solicitado por su amigo, Monseñor Leovigildo, para trabajar en el Seminario interdiocesano de Managua. Tras ocho años fuera de España, vuelve de nuevo a nuestras casas de formación: Tardajos, Hortaleza, Limpias y Burgos. En esta Comunidad de Burgos estaba en el 2001 cuando, una vez más, es invitado por Monseñor Leovigildo para hacerse cargo del Seminario de Granada, en Nicaragua. En esta Ciudad pasó los últimos cuatro años. Hace unos meses, ya sintiendo el cansancio y el peso de los años, decide regresar definitivamente a España. Aquí, en Burgos, llevaba tan sólo unos meses. Al P. Salamero le podemos considerar: madrileño, hispano y burgalés. Fueron cinco los destinos a estas tierras castellanas: tres en Tardajos y dos en Burgos.

Hoy hacemos memoria del P. Salamero. Nos queda una rica herencia. Fue una buena persona, afable y callado; tal vez algo tímido, prefería hacer un trabajo antes que mandárselo a otro; buen compañero, dispuesto a colaborar y ayudar siempre; hombre comunitario y con sentido

del humor; hombre de gobierno y, a su vez, obediente: dispuesto a cualquier destino; un misionero bien formado y con cualidades de formador (muchos de los misioneros jóvenes de la Provincia hemos pasado por sus clases). Son muchos los sacerdotes, paúles y diocesanos, de España, Colombia y Nicaragua, que hoy le recordarán en sus eucaristías.

El P. Salamero era coherente con lo que decía y exigente consigo mismo para, así, exigir a los demás; siempre tuvo un gran espíritu misionero: trabajó, hace muchos años, en el Secretariado de Misiones y llevaba Colombia y Nicaragua en su corazón. Ha sido un trabajador infatigable hasta última hora: le gustaba estudiar, estar al día, disfrutaba leyendo. Y también gozaba en escribir, particularmente sobre todo aquello que se relacionaba con la Congregación y las Misiones. Y esto lo hacía bien. Horas antes de ocurrirle el percance de salud, hablé por teléfono con él para encargarle un trabajo y me lo aceptó con mucho gusto.

Hoy hacemos memoria de un buen compañero, de un hombre de fe y de esperanza, que creyó siempre en Dios y no desfalleció ante las dificultades. Nos queda, sobre todo, la herencia de un hombre de amor a la Iglesia y a la Congregación. Podríamos decir que fue, sencillamente, un hombre de Dios.

Con la esperanza que nos da la fe en la resurrección y en la vida eterna, y con el consuelo que nos ofrece la confianza de que El P. Salamero ha llegado ya al encuentro con el Señor, en esta eucaristía funeral damos gracias a Dios por las maravillas que ha realizado en él a través de su existencia. Bendecimos a Dios, que le ha regalado 78 años de vida. Meditamos ante su cadáver en el misterio cristiano de la muerte, y recogemos con suma atención el aviso amoroso e interpelador de Dios: *“Velad y orad porque no sabéis el día ni la hora”*.

Todos los aquí reunidos deseamos que nuestro hermano Anselmo esté experimentando ya la verdad de las palabras del Señor: *“Venid a mí los que estáis cansados y agobiados y yo os consolaré. Yo soy manso y humilde de corazón. En mí encontraréis descanso”*.

El Señor ha estado grande con el P. Salamero y estamos alegres. Y damos gracias en esta Eucaristía porque su vida ha sido un regalo para nosotros. ¡Descanse en paz!